



¿Podremos mirar más allá de la basura? Raneros, cirujas y cartoneros: historias detrás de la basura

Sabina Dimarco

Investigadora CONICET

Universidad de Buenos Aires

E-mail: sabinadimarco@yahoo.com.ar

Papeles del CEIC

ISSN: 1695-6494



volumen 2007/2

papel # 33

septiembre 2007

Resumen

¿Podremos mirar más allá de la basura? Raneros, cirujas y cartoneros: historias detrás de la basura

En el presente texto nos proponemos reflexionar sobre los procesos identitarios que se van configurando *entorno de y gracias a la* basura. Más específicamente, en las líneas que siguen intentaremos introducirnos en las tensiones y ambigüedades que signan los procesos identitarios en torno a la recuperación informal de residuos en Buenos Aires, Argentina. Esta actividad laboral conocida como “cartoneo”, si bien se ha expandido en forma exponencial a partir de la última gran crisis económica, permanece marcada por la estigmatización social, la informalidad extrema y el no-reconocimiento social de este trabajo como un trabajo “legítimo”. Trataremos de introducirnos en las dificultades que estos trabajadores encuentran para reconocerse y legitimarse en un trabajo que se encuentra por fuera de la cartografía de las actividades laborales socialmente aceptadas de la modernidad.

Abstract

Will we be able to look beyond the waste? “Raneros”, “cirujas” and “cartoneros”: Stories behind the waste

The aim of this paper is to reflect on the processes of identity that are formed *around and thanks to* the waste. Moreover, we shall analyze the identity processes linked to the informal recovery of waste in Buenos Aires, Argentina. We shall expound the tension and ambiguity that mark the identity produced around this activity, well-known in Argentina as “cartoneo”. Despite this practice has been broadly spread since the last great financial crisis, it is still socially stigmatized, considered extremely informal and ignored as a legitimate work. We will try to find our way into the difficulties experienced by these workers in order to legitimize themselves in a work clearly outside the cartography of labors accepted by modernity.

Palabras clave

cartoneros, basura, identidad

Key words

cartoneros, waste, identity

Índice

1) Presentación	2
2) De raneros, cirujas y cartoneros	5
3) Acerca de límites e impurezas.....	9
4) Algunos componentes de las estrategias identitarias	16
5) Composición de la población y las diferentes formas de posicionarse en la actividad....	21
6) Conclusiones	26
7) Bibliografía	27

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



Todos ustedes son iguales; ven la basura por arribita y claro: no les gusta. ¿Pero por qué no miran un poco más allá, un poco más adentro de la basura?...

(“El basural” de Carlos Gorostiza)

1) PRESENTACIÓN

La producción de residuos se ha ido incrementando a nivel mundial de manera sostenida a lo largo de las décadas. Sumado al acelerado proceso de urbanización, el desarrollo tecnológico va acortando los ciclos de vida útil de los productos que pasan a ocupar, tempranamente, el vasto mundo de los desechos¹. Sin embargo, la mayoría de las sociedades latinoamericanas no han podido acomodarse a ello y carecen de los medios apropiados para proporcionar un tratamiento adecuado a este incremento. En este contexto, asistimos a una proliferación de discursos – fundamentalmente mediáticos– concernientes al crecimiento exponencial de los residuos; estos discursos recurren generalmente a imágenes que apelan a la sensación de invasión y de catástrofe (Lhuillier y Cochin, 1999). En efecto, el residuo definido en la actualidad como problema social concentra las características del desorden: el exceso, lo desvinculado, lo inclasificable, la transgresión (Lhuillier y Cochin, 1999). Así, desde diferentes ámbitos se ha empezado a insistir en la necesidad de generar un cambio cultural en la población tendiente a incorporar el hábito de la clasificación de los desechos y, con ello, contribuir al reciclado y la reutilización de materiales.

Por otra parte, mientras la ciencia avanza en formas de extender la vida biológica de las personas, paradójicamente, la vida útil para el mercado de trabajo

¹ Actualmente, entre la Ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense en Argentina, viven más de doce millones de personas que producen cada día unas 13.000 toneladas de basura las cuales son dispuesta en rellenos sanitarios. Los tres rellenos sanitarios que hoy reciben estos residuos (pertenecientes al CEAMSE) se encuentran en su límite de capacidad y deberán cerrar sus puertas en los próximos años. Hasta el momento, no se han hallado soluciones alternativas. Al mismo tiempo, según estimaciones oficiales, el crecimiento económico previsto de 8% anual, llevaría a un incremento de 24% de la cantidad producida a nivel nacional. Información disponible en la Página Web de la Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de Nación. www.medioambiente.gov.ar.



se acorta incesantemente. Así, en la actualidad no parece errado plantear que la esfera de lo residual se compone, en nuestras sociedades capitalistas contemporáneas, de cosas, productos, ideas pero también –y cada vez más– de personas.

América Latina ha sufrido en los últimos treinta años una profunda transformación de las modalidades de desarrollo que habían caracterizado a sus sociedades desde la segunda guerra mundial. Los diferentes países de la región afrontaron intensas reestructuraciones en vistas a lograr la inserción en la nueva dinámica socio-económica global. Si bien el modo en que estas transformaciones se operaron no fue el mismo en los diferentes países del continente, siguieron una dirección en común. El mundo del trabajo fue uno de los ámbitos en dónde más fuertemente se sintieron los cambios operados.

Estos procesos, si bien tienen alcance global, no se desarrollaron de la misma manera en América Latina que en Europa. No obstante, si bien es evidente que las sociedades de ambos continentes no son comparables, es importante recordar aquí que algunos países latinoamericanos habían alcanzado entre los años 40 y 70 un modelo de sociedad que se aproximaba bastante a lo que en los países europeos dio en llamarse “sociedad salarial”. En el caso de Argentina en particular, esa relación salarial fue el soporte material y simbólico de la identidad colectiva de los sectores populares durante casi cuatro décadas (Martucelli y Svampa, 1997). A partir de las transformaciones mencionadas –consecuencia de las medidas de corte neoliberal aplicadas en los años 70 y con mayor agudeza en los 90– la *clase trabajadora* se complejiza, se fragmenta y se vuelve más heterogénea, al tiempo que la pobreza, la desocupación y la desigualdad alcanzan niveles inéditos.

La profundidad que adquiere esta crisis económica, política y social ha conducido al crecimiento y consolidación de una actividad laboral que hasta entonces en Argentina había sido claramente marginal: *la recuperación informal de residuos*. Esta actividad laboral se caracterizó históricamente por ser un recurso econó-

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



mico de personas que ocupan un lugar residual en la sociedad y consiste, justamente, en el trabajo con los residuos que las ciudades producen.

El presente texto se propone reflexionar sobre los procesos identitarios que, dificultosamente y marcados por profundas tensiones, se van configurando *entorno de y gracias a* la basura. Más precisamente, centraremos la atención en los recuperadores informales de residuos en la ciudad de Buenos Aires —o “cartoneros”, como se los conoce actualmente en Argentina— y las dificultades que estos trabajadores encuentran para reconocerse y legitimarse en un trabajo que se encuentra por fuera de la cartografía de las actividades laborales socialmente aceptadas de la modernidad.

Este artículo se basa en un trabajo empírico de índole cualitativa. Para ello, se han realizado entre los años 2004, 2005 y principios de 2006, treinta entrevistas en profundidad a personas que trabajan en la recuperación informal de residuos en la ciudad de Buenos Aires. Se buscó entrevistar a sujetos que contaran con diferentes trayectorias laborales y distinta duración en la actividad laboral actual. Además, se realizaron entrevistas a personas que participaran en experiencias de organización de cartoneros. En el caso de los referentes de estas organizaciones se profundizó con historias de vida. Cuando las personas no pertenecían a ninguna organización, las entrevistas se realizaron según selección no intencional de los sujetos, en diferentes zonas de la ciudad. Además de las entrevistas, se realizaron numerosas observaciones (participantes y no participantes), procurando un acercamiento de tipo etnográfico. Cabe aclarar que se trata de una investigación en desarrollo de modo que lo que aquí se propone son sólo avances preliminares de la misma.

En el centro de nuestro desarrollo se encuentra la certeza, tal como pudimos comprobar a partir de nuestro trabajo empírico, de que en estos espacios marginales, residuales, se generan formas de vida y configuraciones identitarias que no pueden ser explicadas directamente por las formas tradicionales de comprender lo

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



que se entiende por “trabajo”, pero tampoco por su mera negatividad (mirando lo que no son respecto de lo que deberían ser en relación con el trabajo). Recurriendo a las palabras de Gatti podemos decir que se convierten en “un espacio de vida, un lugar habitable, un lugar en donde se construye identidad” (2003: 89). Es sobre estos espacios de vida y las estrategias identitarias que en ellos se constituyen de lo que trata este trabajo².

2) DE RANEROS, CIRUJAS Y CARTONEROS

La actividad económica de recuperar y vender de manera informal materiales hallados entre los residuos se ha expandido notoriamente en América Latina durante las últimas décadas como resultado de las transformaciones socioeconómicas mencionadas más arriba. En Argentina en particular, la actividad laboral de “cirujeo” o “cartoneo” –tal es el nombre con que se conoce a esta actividad– quedó estrechamente asociada a la crisis económica, social y política que se vivió hacia finales del año 2001. Así, en aquel momento, junto con los saqueos a comercios y el Congreso “tomado” por los “caceroleros”³, los cartoneros se convirtieron en una postal de la situación crítica que atravesaba el país. El incremento abrupto del número de cartoneros en las calles de las principales ciudades del país contribuía, a su vez, a formar la imagen de que la Argentina –un país que se había desarrollado siguiendo

² La argumentación que aquí se desarrollará consiste en una delimitación de la problemática de los recuperados informales de residuos que, claro está, es más compleja y se compone de más dimensiones de las que aquí se trabajarán. Algunas de ellas serán mencionadas brevemente sin detenernos en su análisis, por ejemplo, la situación particular de las organizaciones de cartoneros, la relación entre éstas y el Estado, el lugar que ocupan otros actores sociales en la trama de sociabilidad que se genera en torno a la recolección de residuos, las formas políticas de las organizaciones, etc. Varios de estos temas se desarrollaron con profundidad en Dimarco (2005).

³ Los días 19 y 20 de diciembre del año 2001 en Argentina marcaron, con un final a toda orquesta, el colapso del modelo económico que rigió durante la década precedente (y cuyos cimientos comenzaron a instaurarse con la dictadura militar de los años 70). Durante esos días recorrieron el mundo las fotos de personas saqueando supermercados, y de “vecinos” saliendo a la calle con sus cacerolas –devenidas en improvisados tambores– y ocupando las escaleras del Congreso de la Nación al grito de “¡Que se vayan todos!”.



patrones europeos, lo cual estaba muy presente en el imaginario social— se estaba “latinoamericanizando” ya que “importaba”, entre otras cosas, este fenómeno que llevaba años de desarrollo en otros países del continente.

Sin embargo, la actividad del cirujeo en Argentina —al igual que en prácticamente todas las grandes aglomeraciones urbanas del mundo—, se remonta a los inicios mismos de la fundación de la ciudad de Buenos Aires y su presencia puede rastrearse en los diferentes momentos históricos transitados.

Hay, en efecto, razones económicas que permiten explicar la forma masiva que alcanzó esta actividad entre mediados de los años noventa y principios del nuevo milenio y que, con alguna merma, continua hasta el presente⁴. Sin lugar a dudas, la devaluación fue clave en el proceso de valorización de ciertos materiales reciclables y, con ello, al incremento del número de cartoneros. Ciertamente, la devaluación del año 2002 encuentra a nuestro país inmerso en una de las crisis de su mercado de trabajo más profundas que se hayan atravesado. Con una desocupación del 22%, los altos precios que adquieren los materiales reciclables convierten a la recuperación informal de residuos en un nicho de empleo para miles de personas que se encontraban sin trabajo.

Sin embargo, la agudeza de la crisis económica de estos años explica el carácter masivo que adquiere esta actividad pero no alcanza para dar cuenta del fenómeno en sí mismo ni de su heterogeneidad. En efecto, a pesar de que el cartoneo aparece actualmente muy asociado a la pauperización del país en los últimos años, no debemos olvidar que hace más de un centenar de años que la calles de nuestra ciudad sienten sobre sí el peso de los carros transportados diariamente, en

⁴ Si bien no se cuenta por el momento con cifras confiables, un reciente estudio de Unicef/OIM calcula en cerca de 9.000 la cantidad de personas que cartonea en la Ciudad de Buenos Aires (2005). Otros estudios mencionan entre 30.000 y 40.000 cartoneros en el año 2002 (Gorbán, 2005). El diario de mayor tirada del país indica que la cantidad de cartoneros se habría reducido a cerca de la mitad en el último año (Clarín, 29/906/06).



forma silenciosa y casi invisible, por cirujas, botelleros, metaleros, ropavejeros, cartoneros, entre otros. Estos trabajadores que –como sus nombres lo indican– solían especializarse en la recolección de un tipo particular de materiales, con el tiempo fueron perdiendo progresivamente su especificidad para aunarse bajo la figura del “ciruja” primero, y “cartonero”⁵ más adelante.

Históricamente, el primer sitio habitado por personas dedicadas a la recolección y venta de residuos del que se tiene registro fue el “Barrio las Ranas” o “Barrio de las Latas”, ubicado en la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires, entre las calles Colonia y Zavaleta (Paiva, 2006; Suárez, 1998). Con la instalación de la “quema”⁶ a fines del siglo XIX, se fue conformando en sus alrededores este barrio poblado por las personas que vivían de lo que allí se recolectaba. Se lo llamó barrio de las “latas” en alusión a los elementos usados para hacer las casas, y de las “ranas” por la cantidad de animales de este tipo que proliferaban en el lugar (Paiva, 2006).

Es de este barrio que surgen las primeras definiciones de estos actores sociales como “cirujas”. También de aquí surge la menos difundida denominación de “ranero” o “ranada”. Permítasenos detenernos un instante en esta última forma de nominación que se les asignó a los habitantes de este barrio. Siguiendo el análisis filológico que realiza García (2005) de la utilización de la expresión “rana” aplicada a personas en nuestra lengua popular (o más exactamente en nuestro lunfardo), podemos ver que entre sus acepciones se encuentran, además de “relativo al barrio Las Ranas”, la noción de *ranero* como el sujeto “avisado, astuto, pícaro” y *ranada* como la “acción propia de una *rana*, astucia, picardía, *avivada*”, entendiendo “aviva-

⁵ El cartonero en la actualidad recoge fundamentalmente cartón y papel pero su estrategia consiste en ir juntando diferentes elementos (plástico, metales, vidrio, etc.) según las variaciones del precio de estos materiales en el mercado del reciclado.

⁶ Terreno de grandes dimensiones adonde se llevaba toda la basura de la ciudad para proceder a su eliminación final.



da” como “(...) perspicacia, agudeza”. Además de esta acepción el autor encuentra otro uso del término vinculado a la idea del delincuente o “pillo”; dirá entonces que “ranero” se liga también a sentidos delictuosos: “Habitante del barrio denominado Las Ranas de la ciudad de Buenos Aires, ubicado durante los primeros años del siglo XX en las cercanías del Parque Patricios, embarcado generalmente en la vida delictiva”. De este modo, podemos ver que prácticamente desde el momento mismo del surgimiento de esta actividad, los cirujas estuvieron marcados por la idea del delito, de lo prohibido, de lo indeseable, sufriendo tempranamente la persecución por parte de las autoridades públicas. En este sentido, no es un dato de menor importancia que hacia 1911 se haya buscado suprimir la “Quema” y se la haya trasladado hacia el límite de la Ciudad. Ciertamente, la “quema” y sus habitantes se veían afectados por las mismas representaciones asociadas a la basura y lo residual en general, es decir, correspondían a una imagen global y unánimemente negativa: “la suciedad y la pestilencia, la contaminación y el peligro, la sombra y la nada, la muerte y la putrefacción” (Gouhier, 1999: 81⁷). Suscitan así la repulsión y el rechazo y, como consecuencia, se los aleja y disimula: los márgenes y las periferias han cumplido siempre esta función.

Un clásico libro sobre la historia de Buenos Aires dirá que “[el basural] todavía era una modesta pila de desperdicios, pero se convertiría en una llaga que crecería hasta ser una úlcera en el lado sur de la ciudad; luego, (1911) fue trasladado al límite oeste” (Scobie, 1986). La cita deja traslucir la percepción de la cuestión de la basura (y los espacios de vida generados en torno a ella) como algo que corre, que avanza, que contamina y que debe ser excluido. Los últimos habitantes del barrio, los “raneros”, fueron desalojados en 1917 y llevados, significativamente, al asilo policial (Suárez, 1998).

⁷ Ésta y las siguientes traducciones provenientes de textos editados en francés son nuestras.



Con los años, y fundamentalmente con el desarrollo de las “villas miseria” durante las décadas de los 40 y los 50, fueron surgiendo otros barrios con predominancia de pobladores que vivían de la recolección, la mayoría en el conurbano bonaerense y en la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires. En la actualidad se conoce como “barrios cartoneros” a estos sitios en donde la recuperación de residuos es la actividad de subsistencia más extendida. Aquellos “raneros”, como los “cartoneros” de hoy, no sólo vivían de la venta de los residuos recuperados sino también de la comida, ropa y todo tipo de elementos que encontraban en los desechos.

3) ACERCA DE LÍMITES E IMPUREZAS

Como intentaremos demostrar, desde aquellos años en que la fisonomía de la ciudad por la que transitaban estos trabajadores era notoriamente diferente a la de hoy, los cirujas/cartoneros tuvieron el rol perturbador de poner en entredicho los criterios de demarcación entre lo útil y lo inútil en las sociedades modernas. En este sentido, a partir de Mary Douglas, queremos desarrollar la idea de que la configuración socialmente elaborada de lo que es la *suciedad* y, con ella, de aquello que debe ser eliminado, constituye un esfuerzo positivo por organizar un determinado orden social: “la suciedad ofende el orden”, dirá la autora (Douglas, 1970: 14). Así, la concepción de lo que se considera suciedad y desechos varía según la sociedad de que se trate. De este modo, no habría elementos útiles o inútiles por sí mismos sino que su utilidad deviene de un *diseño humano* que incansablemente realiza el trabajo de delimitación entre lo aceptado y lo rechazado, lo deseable y lo repulsivo, el adentro y el afuera del mundo humano (Bauman, 2005). Como señala Bauman, no es debido a la diferencia entre productos (útiles/inútiles; puros/impuros) que la frontera está allí, procurando evitar la temida confusión (¡mezcla!) entre elementos, sino que es justamente la configuración de la frontera la que *instituye* la diferenciación admitiendo y rechazando diferencialmente. La suciedad (lo residual) no es sino el *producto* de esta sistemática ordenación y clasificación de la materia, teniendo en cuenta que el

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



orden implica el rechazo de elementos inapropiados (Douglas, 1970). En otras palabras, nos equivocamos al creer que estamos tirando la basura; por el contrario, es el hecho de *ser tirada* lo que constituye a la basura (Lhuillier y Cochin, 1999). En este sentido, creemos que *lo residual* puede ser pensado como un espacio vacío, susceptible de ser ocupado socio-históricamente por diferentes elementos, ideas... personas.

Bauman dirá que “los basureros [entendemos que se refiere a quienes realizan la recolección *formal* de los residuos] son los héroes olvidados de la modernidad. Un día sí y otro también vuelven a refrescar y a recalcar la frontera entre normalidad y patología, salud y enfermedad, lo deseable y repulsivo (...) Dicha frontera precisa una vigilancia permanente y una diligencia constantes, ya que es cualquier cosa menos una “frontera natural”” (Bauman, 2005: 43).

Siguiendo este análisis, podemos pensar que así como los basureros pueden ser considerados los héroes olvidados de la modernidad por su incansable trabajo para la demarcación de los límites que hacen al mantenimiento del orden, la limpieza y la legitimidad social, del mismo modo, los cartoneros pueden ser considerados los críticos silenciosos de ese trazado de límites ya que con su trabajo interrogan, sin proponérselo, los criterios de esa demarcación. En otras palabras, no se conforman con que aquello que se encuentra en la calle en forma de “basura” sea confinado, sin más, a su entierro en “rellenos sanitarios” dando lugar así al cumplimiento del acto final de este proceso: la eliminación radical del residuo, ese “secreto oscuro y bochornoso de toda producción moderna” (Bauman, 2005). Con su trabajo, los cartoneros cuestionan, de manera no intencional, la inutilidad a la que esos elementos fueron condenados poniendo en evidencia la arbitrariedad de esa decisión.

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



Por todo esto, consideramos con Mary Douglas que “la reflexión sobre la suciedad implica la reflexión sobre el *nexo* que existe entre el orden y el desorden, el ser y el no-ser, la forma y lo informe, la vida y la muerte” (1970: 19).

Escena I:

Más de cuarenta minutos estuvimos sentadas junto a la estación de tren Malvina y yo, junto con su sobrina y Sara –su compañera inseparable–, tomando mate y conversando de todo un poco. El tiempo pasaba rápido y se hacía ameno mientras esperábamos que llegara la hora en que los porteros de la zona sacan las bolsas a las calles. Esos cuarenta minutos forman parte del ritual diario de su trabajo. Yo sé que puedo encontrarlas cada día, a la misma hora, sentadas conversando en el mismo escalón ubicado junto a la estación de tren. Salir antes no tiene sentido, me explicaron: “te cansás más y sacás casi lo mismo”.

Cuando llegó la hora, Sara se separó del grupo para ir a ver a sus “clientes”⁸. Malvina, su sobrina y yo continuamos con la conversación mientras empezábamos el recorrido. Llegamos al primer edificio minutos antes de que el portero (a quien Malvina saludó por su nombre) sacara seis grandes bolsas de consorcio cargadas con varias bolsas más pequeñas en su interior. Inmediatamente, Malvina y su sobrina se dividieron las bolsas y comenzaron con el trabajo. Con una facilidad sorprendente abrían primero la gran bolsa negra y, siempre dentro de ésta, iban palpando y abriendo una por una el resto de las bolsas, revisando cuidadosamente su contenido. Unas pocas que al tacto les indicaban que no les aportarían demasiado, pasaban de largo sin ser sometidas a la estricta revisión. Otras, seguían el mismo destino luego de una primera y rápida mirada en su interior. Con la mayoría de las restantes bolsas, por el contrario, se detenían minuciosamente pero con notable agi-

⁸ Los cartoneros denominan “clientes” a las personas que les separan en sus casas el material seco (cartón, papel, plástico, vidrio) y se los guardan a un cartonero en particular.



lidad, en un trabajo artesanal de selección y separación de los elementos que podían ser vendidos o reutilizados por ellas mismas o por conocidos. Los materiales que se seleccionaban se ubicaban de manera ordenada dentro del gran lienzo que cubría la carreta: papeles escritos de cuadernos o de impresión, artículos impresos o fotocopiados iban a ser vendidos posteriormente como “blanco”, cajas de distinto tipo y tamaño, bolsas de cartón, rollitos de papel higiénico (aunque me aclararon que no siempre los juntaban), se vendían como “cartón”, botellas, algunas para ser vendidas como plástico y otras como vidrio (que a su vez se dividen en vidrio transparente y de color) además de una importante cantidad de diarios y revistas. Las revistas, así como algún diario si es el del día, a veces se separan para entretenerse en el viaje de vuelta. Una infinidad de otros pequeños objetos fueron rescatados entre el resto de los residuos: lapiceras que todavía funcionaban, varios marcadores de distintos colores, encendedores (uno que funcionaba perfectamente, otro que apenas largaba chispas pero que todavía servía para encender hornallas, como me explicó Malvina), unas pulseritas y gomitas para el pelo, una cajita de madera (adonde fueron a parar todos los marcadores y lapiceras improvisando el rol de una original cartuchera), hojas sin escribir, entre muchas otras cosas. Todos estos elementos se destinaban a una bolsa diferente, más chica y atada sobre una de las manijas del carro.

Cada una de estas bolsas que fueron abriendo, era nuevamente cerrada ni bien terminaban de revisarla. Finalmente se cerraba la bolsa negra que contenía a las demás y se daba por terminado el trabajo con aquella bolsa para empezar inmediatamente con las restantes.

Al finalizar, partimos al encuentro del siguiente portero que las esperaba no sólo con las bolsas de residuos sino también con una bolsita con dos pares de zapatillas para los hijos de Malvina. Ella agradeció con una sonrisa que él hubiera recordado que la semana entrante comenzaban las clases y no tenían calzado para asistir a la escuela, tal como ella le había comentado días atrás.

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



Antes de partir, Malvina me pidió que me fijara en lo limpio que había quedado el lugar en el cual habían trabajado; “es por eso que me guardan las cosas”, me aclaró.

Escena II

Cuando llegué a la estación de J. L. Suárez para encontrarme con Darío me estaban esperando su mujer y una de sus hijas. Me explicaron que Darío les había pedido que fuesen a buscarme para no hacerme esperar; él estaba ocupado con una “changuita”⁹ que había conseguido y llegaría más tarde. Cuando finalmente Darío llegó estaba eufórico: la “changa”, que había conseguido por intermedio de un vecino de su madre –que sabía que él trabajaba como cartonero– era limpiar la casa de una persona que había fallecido. La limpieza de la casa consistía básicamente en que la vaciara. El hombre que lo contrató pensaba tirar todo lo que había adentro, elementos que seguramente consideraba artículos inservibles, pero le permitió que se llevase lo que a Darío pudiera servirle. La euforia de este último se debía a que aquella casa había pertenecido a un electricista y había en ella una enorme cantidad de televisores, radios y hasta alguna heladera, probablemente artefactos que sus dueños habían llevado a reparar pero jamás habían ido a retirar (evidentemente, porque ellos también los habían considerado inservibles). Darío llegó a nuestro encuentro al grito de: “¿Adivinen cuántos televisores hay en la casa?... ¡dieciocho!!!”. A partir de allí varios vecinos y amigos que tuvieron la suerte de cruzarse con Darío aquel día fueron favorecidos con alguno de los televisores, en algún caso regalado (como su “compadre” a quien se lo dio sólo con una condición: que lo acompañase a cortar el pasto de aquella casa), en otros a un precio muy bajo. Actualmente, no sólo el televisor de Darío sino también su radio, lavarropas y un ventilador de pie, todos

⁹ “Changa” o “changuita” es el nombre que se da, en el lenguaje popular, a los trabajos temporarios.



ellos bastante destartados pero que aún cumplen su función, provienen de aquella “changuita”.

Citamos estas dos escenas de nuestro trabajo de campo porque nos resultan ilustrativas de la ambigua calidad de los “residuos”. ¿Qué es lo que convierte en residuos a todos estos elementos que, a pesar de que todavía cumplen con la función para la que fueron creados, han sido desterrados hacia el otro lado de la frontera?

Las citas permiten, como decíamos más arriba, ilustrar cómo los cartoneros con su trabajo ponen en evidencia la arbitrariedad de aquella exclusión; su fundamento socialmente establecido. Como en la novela de Carlos Gorostiza, en la cual Doña Argentina, ciruja ella, se pregunta: “¿cómo habrá ido a parar una cosa así al tacho de la basura? Porque un reloj como éste se lleva puesto o se guarda bien en un cajón. Y no porque sea de oro sino por la dedicatoria. Pobre tipo. A lo mejor todavía no sabe que su querida Aída lo perdió” (Gorostiza, 1988).

Estos trabajadores se introducen de ese otro lado de la frontera de un modo que, creemos, en lugar de reforzarla (como los héroes-basureros), a su modo, la cuestionan. Simplemente, no aceptan que algo sea inútil por el hecho mismo de que haya sido destinado al tacho de la basura, que se haya decretado su inutilidad y, así, su acta de defunción. Una infinidad de objetos de características sumamente diferentes son “rescatados” de ese destino trágico y definitorio (el enterramiento o la quema en la mayoría de los casos) para ser devueltos a la vida útil, muchas veces con una utilidad diferente a la que habían tenido en el pasado. En este sentido, la palabra “ciruja”, cada vez menos utilizada en su reemplazo por “cartonero”, tenía la claridad de aludir directamente a esta cuestión: se los llamaba cirujas en alusión a la analogía médica con “cirujano de la basura” (Suárez, 1998), “con la decisión en sus manos entre la vida y la muerte, entre lo útil y la basura” (...) “luchando, uno, por la

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



vida de lo que aún funciona, otro, por la vida de lo que aún sirve” (Saraví, 1994: 104).

Por otra parte, esta actividad cobra un sentido particular en el marco de las sociedades capitalistas en su etapa actual que, con la exigencia de renovación y especialización constante, tiene, como veíamos, una producción de residuos cada vez a más alta escala. Estos residuos son, diremos con Bauman, no sólo materiales, sino también *residuos humanos* (Bauman, 2005). Ciertamente, como vimos, el profundo proceso de reestructuración del mercado y del Estado, pero fundamentalmente, las transformaciones acontecidas en el mundo del trabajo, fueron dando lugar a una sociedad crecientemente fragmentada con amplios sectores de su población devenida, al parecer, población “prescindible” para el mercado de trabajo¹⁰.

Quienes trabajan en la recuperación informal de residuos son personas que han quedado afuera de la relación laboral clásica o que nunca han pasado por ella. Además de las dificultades económicas y laborales, cuentan también con notorias desventajas en términos educativos y de vivienda así como de participación y representación político partidaria y/o gremial. Si pensamos, como indicamos más arriba, lo residual no como algo en sí mismo sino como un lugar, un *rango* (“el de lo bajo, lo inferior, lo impuro, lo repugnante, lo ínfimo, lo intocable” (Lhuillier y Cochin, 1999)), no sería errado decir que tienen un lugar residual en nuestra sociedad. Son, en este sentido, personas que ocupan un lugar social residual, cuyo objeto de trabajo son productos considerados residuales por la mayoría de los habitantes de ciudad.

Sin embargo, dado que las configuraciones sociales son dinámicas, esta expulsión hacia los espacios residuales no es a-problemática ni estática sino atrave-

¹⁰ Sin embargo, es importante no perder de vista aquí que, los cartoneros contribuyen con su trabajo al funcionamiento del sistema económico que se sustenta en materiales reciclados. Así, estos forman parte –aunque muy desigualmente– de la cadena económica del reciclado, a pesar de que no suela reconocerse socialmente su trabajo. Este tema lo trabajamos con mayor profundidad en Dimarco (2005) Informes de Becas Clacso/Asdi.



sada por resistencias y negociaciones. Una mirada atenta hacia ese otro lado de la frontera¹¹ nos muestra un mundo rico en modos de hacer, conocer y relacionarse. En efecto, más allá de los límites invisibles que configuran el campo social purificado y limpio, se extiende un extensivo y complejo entramado de relación sociales que se conforma *gracias a y en torno a* lo “impuro”, lo “residual”, lo “sucio”.

En el próximo apartado intentaré entonces introducirme en algunos de los procesos de identificación que se constituyen en torno a esta actividad.

4) ALGUNOS COMPONENTES DE LAS ESTRATEGIAS IDENTITARIAS

Para comenzar, resulta importante señalar que la actividad de la recuperación informal de residuos se encuentra signada por diferentes fuentes de inseguridades. Por un lado, la *inseguridad económica* dada por su casi total desregulación, los altibajos en los precios de los materiales, las dificultades para salir a trabajar en caso de lluvia, enfermedad, etc., la imposibilidad de tener garantías respecto a lo que los galpones les pagan, por mencionar sólo algunas de ellas. Por otro lado, como vimos, *inseguridades de tipo social*, fundamentalmente en lo que respecta a desprotecciones por parte del Estado. Hay que aclarar aquí que esta actividad estuvo prohibida por más de veinticinco años por un decreto del año 1977 (el mismo momento en que surge la privatización de la gestión de los residuos en la ciudad). Por ello, hasta que en el año 2003 se sanciona una nueva ley (Ley 992) que habilita la actividad, quienes se dedicaban a la recuperación de materiales sufrían en forma permanente persecuciones policiales. Al día de hoy, a pesar de la nueva legislación, la situación no ha cambiado demasiado. Por último, se enfrentan además a *inseguridades de tipo*

¹¹ Jugamos aquí con la idea de “frontera” en alusión a lo trabajado algunos párrafos más arriba en torno a la perspectiva de Mary Douglas respecto de la frontera, socialmente construida y en un proceso de revisión permanente, que separa lo puro de lo impuro. No queremos, sin embargo, reproducir concepciones dualistas de la sociedad. Por el contrario, creemos que lo que hay son *relaciones sociales* que no responden directamente a esta diferenciación, sino que la desbordan y la cuestionan incesantemente.



sanitarias y de riesgo físico, tanto por el peligro concreto de manipulación de elementos con altos riesgos de transmisión de enfermedades como por la posibilidad presente en todo momento de lesiones y accidentes de todo tipo.

Por todo esto, las modalidades de trabajo y de vida de los cartoneros se desarrollan en un marco de inseguridad e inestabilidad permanente como un dato de la realidad, como un estado de situación en el que hay que aprender a vivir. Además, el análisis de las modalidades que adquiere la actividad pone en evidencia que las capacidades y conocimientos adquiridos en trabajos “tradicionales” brindan pocas herramientas para manejarse ágilmente en el mundo del “cirujeo”. En este sentido, intentaremos demostrar que quienes se mueven con mayor facilidad no son quienes han sido socializados en el mundo del trabajo en su forma clásica (hipótesis que se suele manejar desde la Sociología del Trabajo) sino, justamente, quienes llevan un tiempo considerable en esta actividad y han comenzado a desarrollar estrategias identitarias en relación a ella.

Estas estrategias identitarias van tomando forma en un terreno inestable y ambiguo en el cual ciertas características que parecieran ser esenciales en términos de construcción de identidad desde una perspectiva clásica no están claramente definidas. Concretamente, nos estamos refiriendo a la inconsistencia de la diferenciación entre trabajo/mendicidad, trabajo/delito; ciudadano/no-ciudadano, incluido/excluido. Estas fronteras son ambiguas, opacas y puestas en cuestión permanentemente. Para ejemplificar muy sucintamente estas cuestiones podemos señalar que los cartoneros se encuentran en la necesidad de explicar reiteradamente que su tarea se diferencia de la de los mendigos e, incluso, de la de quienes delinquen. En efecto, en numerosas ocasiones la definición de que lo que hacen es un *trabajo*, viene dada justamente por esta diferenciación respecto a otras actividades socialmente estigmatizadas. Este señalamiento de actividades que consideran (en una hipotética jerarquización social de los trabajos) por debajo de lo que ellos hacen es una forma de afirmarse en su trabajo y de desprenderse del propio estigma adjudicándolo a

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



otros. Incluso, quienes llevan mucho tiempo en el cartoneo en general afirman estar en condiciones de diferenciar a los “verdaderos cartoneros” de los que utilizan el carrito para disimular un intento de robo o como excusa para “mandar a los chicos a pedir”¹².

En relación con la dimensión ciudadano/no-ciudadano e incluido/excluido¹³ nos referimos al lugar difuso que tienen los cartoneros como sujetos de gobierno. Así, al tiempo que desde el Estado se los incluye como parte del servicio de Higiene Urbano reconociendo las funciones económicas, sociales y ambientales de la actividad que realizan¹⁴, no se les reconoce ningún tipo de seguridad social ni de regulación activa de su trabajo. Por su parte, estos trabajadores han optado la mayoría de las veces por no esperar ni exigir nada por parte del Estado. Sin embargo, esto no significa caos ni ausencia de regulación de las relaciones vinculares. Con mayor fuerza a partir del incremento abrupto del número de personas que se dedican a la actividad, los cartoneros han comenzado a darse a sí mismos sistemas de regulación informales pero no por ello poco sistemáticos. Así, en los últimos años han comenzado a surgir distintas formas de organizaciones de cartoneros, práctica que se presenta como un fenómeno nuevo en nuestro país. Resulta interesante que en muchos de estos casos no se proponen una integración en la forma de trabajo tradicio-

¹² Este tipo de argumentación la hemos escuchado fundamentalmente en los barrios de Núñez y Belgrano de la Ciudad de Buenos Aires en donde tras una serie de delitos en la zona se difundió la acusación a los cartoneros (es decir, a los extraños al barrio, los “otros”, quienes llegaban de los barrios pobres de la Provincia de Buenos Aires a una de las zonas más ricas de la ciudad).

¹³ Entendemos a ambas dimensiones en tanto relación con el ámbito estatal.

¹⁴ En la página del Programa de Recuperadores Urbanos del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires dice que los “recuperadores” (cartoneros) cumplen funciones sociales, ambientales y económicas. Estas son, por nombrar sólo algunas: *sociales*: mejoramiento de la Higiene Urbana, fortalecimiento de lazos con distintos actores, etc.; *económicas*: alargamiento de la vida de los rellenos sanitarios, disminución del costo de enterramiento, permite la sustitución de importaciones, etc.; y *ambientales*: ahorro energético, disminución de la emisión de gases en los rellenos, ahorro de recursos naturales, etc. Ver www.buenosaires.gov.ar/areas/med_ambiente/pru.



nal sino poder desarrollar en mejores condiciones el trabajo que se encuentran realizando actualmente¹⁵.

Sin embargo, este fenómeno (la creación de una forma de organización que busca mejorar las condiciones de trabajo de los cartoneros *en tanto que cartoneros*) no es un proceso libre de conflictos. La idea de lo que es socialmente aceptado como trabajo y lo que no lo es, así como la percepción negativa sumamente generalizada de *trabajar con la basura*, no dejan de estar presentes. Esto nos permite ver, citando a Gatti, el trabajo de permanente cartografiado que “produce mapas que legitiman y crean, mapas que colonizan el espacio y expulsan las operaciones de las que son efecto o posibilidad. (...). Son mapas, en definitiva, que crean una ficción: la de la identidad” (2003: 94). El poder performativo de estos mapas que designan lo que debe o no deber ser considerado un *trabajo* y la *identidad laboral* a éste vinculada es tan potente que prácticamente no hay posibilidad de pensarse por fuera de ellos. La identidad sólo podría vincularse con algunos de los lugares ya definidos en el mapa. Aquello que puede considerarse *trabajo* tiene ya un lugar establecido en la cartografía de las actividades laborales de la modernidad. Sin embargo, tal como plantea Pérez-Agote “es claro que las definiciones mantenidas por el centro ya no sirven para todos”; en efecto, “(...) la definición central de profesión, de trabajo, es un inconveniente central a la hora de intentar que la participación profesional en el centro crezca en vez de decrecer, evitando la marginalización de muchos individuos” (1996: 30).

En este mapa, desde hace algunos años las actividades informales vienen peleando un espacio aunque, por definición, tienen pocas posibilidades de ganar la pulseada y continúan siendo un componente un poco borroso e incómodo. Dentro de las mismas, el cartoneo parece estar –por el momento– directamente por fuera del

¹⁵ Este tema fue trabajado en mayor profundidad del Dimarco (2005).



mapa. Esto se evidencia en las entrevistas cuando una y otra vez sienten la necesidad de aclarar que lo que hacen es *un trabajo* o, en el caso contrario, cuando –luego de caminar durante todo el día para llenar el carrito y de realizar el trabajo de selección y limpieza del material al llegar exhaustos a su casa– declaran que tienen que *encontrar un trabajo* dejando entrever que no dan a su actividad esa entidad. Se hace difícil, como vemos, pensar la posibilidad de que se está realizando un trabajo por fuera de lo que históricamente fue considerado tal.

Las palabras de Isidoro, cartonero que lleva más de treinta años en la actividad, ilustran algunas de las cuestiones que hasta aquí se dijeron:

*“Cuando hay trabajo... **cuando no hay [trabajo] tengo que ir a buscar cartón** ¿con qué voy a mantener a mis hijos? No hay otra solución ¿para los pucheros de dónde voy a sacar? Por lo menos para los chicos. Yo voy a aguantar con mate, está bien, pero el chango me va a decir: “quiero comida”. ¿De dónde voy a sacar? Sí o sí **tengo que ir a buscar un cartón, cualquiera, pero menos chorro**” (Isidoro, cartonero. El subrayado es nuestro).*

Así, los sujetos construyen su identidad a partir de la puesta en práctica de estrategias que apuntan a desprenderse de las asociaciones estigmatizantes que socialmente se vinculan al trabajo que realizan y acercándose, en cambio, a las formas ya consagradas de lo que se considera “trabajo”. De este modo, las definiciones de sí aparecen en los relatos de los entrevistados como contraposición a aquello que plantean no ser (o no querer ser), como mendigos o ladrones (figuras que ocupan un espacio social claramente desacreditado pero un espacio social al fin) o, como lo que fueron y ya no son (cuando se definen, como en la mayoría de los casos en que han tenido un trabajo de relativa formalidad, por su trabajo anterior).

A partir de lo planteado hasta aquí intentaremos desarrollar, de modo muy esquemático, una clasificación de algunas de las formas que adquieren las estrategias identitarias teniendo en cuenta las trayectorias laborales previas de los sujetos y el tiempo que llevan en la actividad.

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



5) COMPOSICIÓN DE LA POBLACIÓN Y LAS DIFERENTES FORMAS DE POSICIONARSE EN LA ACTIVIDAD

Recapitulando lo dicho hasta el momento podemos advertir que si bien el desempeño en la actividad de la recolección de residuos proviene de más de un siglo atrás, en la actualidad adquiere características cuantitativas y cualitativas diferentes como consecuencia de las transformaciones socio-económicas mencionadas y sus consecuentes implicancias en el mundo del trabajo. Así, la composición de la población dedicada al cartoneo devino altamente heterogénea. En este apartado intentaremos demostrar que uno de los elementos que tiene un peso significativo en esa heterogeneidad es la trayectoria laboral. Además, explicaremos la importante gravitación que ésta tiene en la forma de posicionarse en la actividad y de auto-percibirse.

Entre las personas que se dedican al cartoneo podemos dar cuenta, *en primer lugar*, de aquellas que tenían previamente trabajos de relativa formalidad¹⁶. En la mayoría de estos casos, el comenzar a vivir de lo que se encuentra en la basura genera una significativa ruptura con respecto a su situación anterior alterando profundamente su universo de sentido. Como señala Kessler para el caso de la pauperización de la “clase media” en Argentina, también en este sector de los cartoneros podemos ver que la nueva situación se experimenta “(...) simultáneamente como una *dislocación personal y como una desorganización del mundo social que los rodea*. Esta doble percepción lleva a que no pueda producirse una “adaptación” en un sentido clásico del término: el acomodamiento a un contexto nuevo definido o definible” (2000: 27). En el caso de estos trabajadores, la imposibilidad de adaptación se

¹⁶ Los resultados de un estudio recientemente realizado por UNICEF indican que dos tercios de los jefes de hogar habían trabajado previamente en otra actividad y, entre ellos, el 29% había trabajado en relación de dependencia.



vincula básicamente a la dificultad para reconocer(se) en la nueva situación. Es frecuente escuchar en estos casos la rememoración del trabajo anterior e, incluso, sus definiciones de sí mismo en relación a éste último. Se aferran, de este modo, a la idea de que se encuentran atravesando una situación transitoria a pesar de que en muchos casos llevan ya varios años en la actividad. A su vez, este profundo des-arreglo con respecto a las formas acostumbradas de vida social (Giddens, 1984) – vida social ligada a las modalidades fuertes de la identidad–, dificulta enormemente la realización del trabajo actual porque no cuentan con el saber-hacer propio de la actividad y la mayoría de las veces les resulta sumamente dificultoso adaptar sus propias herramientas/conocimientos previos a los requerimientos de la nueva tarea.

Esta dificultad para adaptarse a su situación actual de vida, que se refleja a su vez en una mínima interiorización del proceso de trabajo (interiorización que se reduce a lo mínimo indispensable para poder ponerla en práctica), conduce a que éste resulte notoriamente más arduo y menos redituable para estos trabajadores que en los casos que mencionaremos a continuación. Falta, en estos trabajadores, la *viveza* y la *astucia* puesta al servicio de la actividad, aquello que caracterizó a los “raneros” de antaño y que se popularizó en el lunfardo tanguero.

En estos casos, la sensación de vergüenza y la auto-estigmatización están permanentemente presentes. Esto dificulta su vez, la posibilidad de entablar vínculos con personas que se encuentran atravesando una situación similar debido a que se siguen sintiendo más cercanos al grupo de referencia anterior (con quienes, muchas veces, se han debilitado las relaciones) que al grupo de personas con los que comparten actualmente su cotidianidad pero a quienes se ve como diferentes. En los casos en que por el tipo de transporte que utilizan para acceder a la ciudad están en permanente contacto con personas que se encuentran en una situación similar a la suya (como sucede con aquellos que utilizan los “trenes cartoneros” compartiendo diariamente viajes prolongados con otras personas que se dedican al cartoneo y que muchas veces provienen además del mismo barrio), se percibe un intento constante

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



por generar una diferenciación entre los que serían “verdaderos cartoneros” y su propia situación que busca ser presentada como accidental y transitoria. Esto conduce a reforzar el individualismo que caracteriza a la actividad ya que se tiende a refugiarse en el aislamiento y a compartir el menor tiempo posible con aquellos a quienes se considera tan diferentes.

Sin embargo, la necesidad de mejorar las condiciones de trabajo, pero también el hecho mismo de habitar este espacio social, conlleva un paulatino “aprendizaje” y aceptación de las reglas de juego que conduce a una integración en la trama de relaciones del “mundo cartonero”, en muchos casos mayor de la que hubiesen deseado.

En segundo lugar hay personas que, en buena medida porque siempre han tenido trabajos informales e intermitentes, perciben a la recuperación de residuos como un trabajo más entre otros. En general, son personas que se mueven con facilidad en el mundo de la informalidad laboral y que van pasando de una “changa” a otra según las posibilidades que vayan surgiendo en el mercado informal de trabajo sin definirse con ninguna de estas actividades en particular. Muchas veces, incluso, suelen tener más de una actividad laboral al mismo tiempo: así, el salir a cartonear suele acompañar otras “changuitas” que no alcanzan por sí solas para la subsistencia y además permite garantizarse un ingreso en el período entre que ese otro trabajo se acaba y uno nuevo aparece. Quienes establecen este tipo de vinculación con la actividad la mayoría de las veces no se definen a sí mismos como cartoneros sino por el otro trabajo o changa.

En tercer lugar se encuentran aquellos cartoneros que hace una cantidad importante de años o incluso generaciones que se dedican al trabajo con los residuos. Hay aquí una trayectoria laboral íntimamente ligada a la actividad, ya sea en forma personal (aquellos que siempre se han dedicado a esto) o por la transmisión del núcleo primario (por padres, parientes o amigos cercanos que han sido cirujas o

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



porque han vivido siempre en barrios donde la actividad laboral predominante era el cirujeo). En estos casos muchas veces no han tenido trabajos previos de un peso importante en su experiencia socio-laboral. Esto permite que las personas que ubicamos en este tercer grupo tengan una percepción mucho menos conflictiva de la actividad laboral que realizan que, como veíamos en los casos anterior, estaba estrechamente ligada a una comparación permanente con la idea de trabajo aceptada socialmente (es decir, con los trabajos trazados en el mapa laboral legítimo). Por el contrario, puede haber una valoración positiva de la actividad que realizan. Entre los argumentos sobre los que se apoya esta posición se mencionan fundamentalmente las virtudes de trabajar en lugares abiertos, sin jefes y con la posibilidad de optar por jornadas de corta duración (limitadas a lo necesario para poder vivir).

“Caso Hugo, caso Oscar, que les gusta cartonear, que no los sacás así nomás para trabajar de albañil, pero piensan 900, 900, 900 (cuando les ofrecieron un trabajo de albañilería)... ¿es signo pesos me entendés! Y ahí tenés que cumplir horario, en el otro no: es una ventaja” (Mario, cartonero).

O, en palabras de Isidoro –significativamente, la misma persona que citamos anteriormente en cuyo relato se veían las dificultades para mencionar al cartoneo como un trabajo–:

“Mis planes es laburar del cartón, directamente así juntando. Ahí conseguimos cualquier cosa, heladeras a veces. Me conviene. (...) [La gente me dice] 'vos debes ir a trabajar en alguna fábrica', así me dicen todos, pero a mí no me conviene. No, en cartonería más que mejor, me conviene a mí. El cartonerío es más tranquilo (...) con esto estoy bien, tranquilo, tengo para mi puchero. Hasta carne a veces tengo porqué a veces votan de la carnicería basura y me dan: achuras, eso” (Isidoro, cartonero).

En algunos casos, la argumentación incluye una mayor toma de conciencia del circuito integral del negocio de la basura y del lugar subordinado que ellos ocu-

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



pan en él¹⁷, así como un intento por reivindicar los beneficios socio-ambientales de la actividad.

Los años dedicados a esta actividad, la transmisión generacional, el conocimiento de la calle y de los pormenores de la actividad, así como los valores y códigos compartidos son exhibidos con orgullo en los relatos, marcando de este modo una diferencia sustancial con los otros casos mencionados. Si bien por lo general no descartan la posibilidad de obtener otro tipo de trabajo, la apuesta está en ir logrando mejoras de la actividad que les permitan seguir trabajando de esto pero en condiciones más ventajosas. De este modo, podemos observar en estos casos un trabajo de desmontaje, primero interiormente y luego hacia afuera, del lugar denigrante que se le reserva a esta actividad.

En este proceso, se van transformando estos espacios fragmentados, heterogéneos, desreglados por excelencia, en espacios habitables: “estos es, con capacidad de forjar sus propias reglas” (Lewkowicz, 2001: 60). Esto implica, a su vez, procesos de identificación que son, por las características mismas de la actividad, necesariamente inestables, ambiguos, variables. Se van transformando a la par de su práctica misma: hoy juntan cartón pero mañana conviene juntar vidrio y pasado metal; hoy recorren las calles cartoneando pero si mañana consiguen una “changuita” la tomarán hasta que ésta acabe o deje de resultarles conveniente y entonces volverán al cartoneo. Además, no están solos en la realización de su trabajo, no sólo se relacionan y compiten con otros cartoneros sino también con otros actores sociales significativos como porteros que les guardan (o niegan) el material, vecinos (que apoyan, rechazan o que son indiferentes a su trabajo), el Estado (fundamentalmente

¹⁷ Una nota publicada en el Diario Página/12 el 28/09/2004, explica que cuando la totalidad del material que los cartoneros recolecta llega de distintas formas otra vez al comercio, posee un valor de venta que sextuplica lo que reciben los cartoneros.



en su forma de policía pero no únicamente¹⁸), los “galponeros” a los que venden lo que recogen, etc¹⁹. Las estrategias identitarias tienen en cuenta a estos diversos actores y adoptan diferentes estrategias dependiendo de quién sea ese “otro”. Es en estas modalidades que adquiere la práctica cotidiana de los cartoneros que reaparece con toda claridad la viveza y la astucia que caracterizó a los “raneros” de antaño. La adaptación astuta (Gatti, 1999) se vuelve central, de este modo, en su estrategia identitaria.

6) CONCLUSIONES

A lo largo de este texto buscamos introducirnos en las modalidades que adopta una de las actividades económicas que más se ha expandido como consecuencia de la última gran crisis económica que ha sufrido la Argentina (año 2002) pero que, de manera silenciosa y casi invisible, llevaba ya más de un siglo de existencia: la recolección informal de residuos.

En una primera parte, repasamos muy sucintamente las transformaciones que esta actividad ha sentido a lo largo de la historia. Veíamos así que el pasaje del nombre “cirujas” o “raneros” al de “cartoneros” entraña modificaciones de un orden más profundo.

En una segunda parte, reflexionamos acerca de los sentidos sociales de la idea de lo puro y lo impuro, lo limpio y lo sucio, lo útil y lo residual. Dicho análisis nos condujo a preguntarnos acerca del lugar social que ocupan estos trabajadores y de su función, no intencional, como cuestionadores del orden generado como resultado del diseño humano que incluye y excluye selectivamente.

¹⁸ Para un análisis de las relaciones que entablan las organizaciones de cartoneros con el Estado ver Dimarco (2005).

¹⁹ El análisis de las modalidades que adquieren estas relaciones, si bien son muy significativas para comprender los procesos identitarios, exceden los márgenes de este artículo.



Por último, nos centramos en algunas de las formas que adoptan las estrategias identitarias en estos espacios “residuales”. A partir de dicho análisis, brindamos una clasificación (muy esquemática y simple que busca fundamentalmente la claridad expositiva) según diferentes trayectorias laborales y formas de posicionarse frente a la actividad. No desconocemos los riesgos que entraña una clasificación de este tipo en una actividad laboral que se caracteriza justamente por la inestabilidad y sus características escurridizas. En este intento por describir, interpretar y, de algún modo, conceptualizar (que no es otra cosa que nombrar) se nos escapa, creemos, parte de su riqueza. En este sentido, recurriremos a Barel para expresar esta preocupación: “El acto de nominación, esto es, la designación, es, al mismo tiempo, un acto de objetivación y de visibilización de las cosas (...). [Pero] la palabra conlleva una inevitable y grave traición de la realidad” (citado en Gatti, 1999: 5). El desafío está entonces en seguir buscando herramientas válidas para el conocimiento que no fuercen realidades, y que escapen a los encasillamientos del mismo modo en que lo hacen los sujetos. En otras palabras, que sean capaces de captar la complejidad y la ambigüedad del fenómeno dado que esta ambigüedad no es déficit que deba ser reparado sino, justamente, su particularidad y mayor riqueza.

7) BIBLIOGRAFIA

- Bauman, Z., 2005, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*, Buenos Aires: Paidós.
- Castel, R., 1997, *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires: Paidós.
- Dimarco, S., 2005, “Experiencias de autoorganización en cartoneros: un acercamiento a la configuración de vínculos laborales, sociales y políticos en contextos de exclusión social”, en *Informes de Becas Clacso/Asdi*: www.clacso.org.ar
- Douglas, M., 1970, *Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid: Siglo XXI.
- Elías, N., 1992, *Sociología fundamental*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- García, G., 2005, “Filología tanguera: 'ranada'”, en *Hologramática literaria*, Facultad de Ciencias Sociales UNLZ, 1.

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



- Gatti, G., 2003, "Las modalidades débiles de la identidad" en *Política y Sociedad*, 40, Madrid: UCM
- Gatti, G., 1999, "El parásito y lo social invisible, agente y territorio de las astucias social y sociológica", en Gatti, G. y Martínez de Albeniz, I. (coords.), *Las astucias de la identidad. Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo*, Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Gorbán, D., 2005, *Formas de organización y espacio. Reflexiones alrededor del caso de los trabajadores cartoneros de José León Suárez*, Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, manuscrito.
- Gouhier, J., 1999, "La marge. Entre rejet et intégration", en Beaune, J.C., *Le déchet, le rebut, le rien*, Paris: Champ Vallon.
- Guiddens, A., 1984, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Kessler, G., 2000, "Redefinición del mundo social en tiempos de cambio. Una tipología para la experiencia de empobrecimiento", en Svampa, M. (comp.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires: Biblos/UNGS.
- Lewkowicz, I., Cantarelli, M. y Grupo Doce, 2001, *Del fragmento a la situación*, Buenos Aires: Altamira.
- Lhuillier, D. y Cochin, Y., 1999, *Des déchets et des hommes*, Paris: Desclée de Brouwer.
- Martuccelli, D. y Svampa, M., 1997, *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, Buenos Aires: Losada.
- Paiva, V., 2006, "De los 'Huecos' al 'Relleno Sanitario'. Breve historia de la gestión de residuos en Buenos Aires", en *Revista Científica de UCES*, 1, vol. 10.
- Saraví, G., 1994, "Detrás de la basura: cirujas. Notas sobre el sector informal urbano", en Quirós y Saraví (comps.), *La informalidad económica. Ensayos de Antropología Urbana*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Scobie, J., 1986, *Buenos Aires del centro a los barrios. 1870-1910*, Buenos Aires: Ediciones Solar.
- Suárez, F., 1998, "Que las Recojan y las Lleven fuera de la Ciudad", en *Documento de Trabajo*, 8, Universidad de General Sarmiento.

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición



Protocolo para citar este texto: Dimarco, S., 2007, "¿Podremos mirar más allá de la basura? Raneros, pirujas y cartoneros", en *Papeles del CEIC*, vol. 2007/2, nº 33, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/pdf/33.pdf>

Fecha de recepción del texto: agosto de 2006
Fecha de evaluación del texto: octubre de 2006
Fecha de publicación del texto: septiembre de 2007

^(c) Sabina Dimarco, 2007

^(c) CEIC, 2007, de esta edición